

América del Norte: el elogio de las diferencias

La región de América del Norte

Como espacio comercial, América del Norte debe hacer un trabajo de objetivación de su círculo de intereses comunes, más numerosos de lo que en primera instancia se quiere reconocer de un lado y otro de las fronteras. La seguridad compartida es una oportunidad para ampliar o profundizar en la integración regional porque, como ha apuntado Jorge Montaña, todo podemos dejar de ser menos vecinos; el determinismo geográfico nos obliga a reflexionar de manera conjunta sobre el tema de la seguridad.¹ Si el terrorismo es el principal asunto de la agenda, México es un aliado invaluable y un vecino cómodo.

Como ya se ha dicho, el nuestro no es un país que aliente el terrorismo bajo ningún aspecto, ni siquiera los movimientos radicales han optado por esta vía. Recibimos poca inmigración de países considerados potencialmente peligrosos; un pueblo que a pesar de los temores de algunos nativistas, de los que ya hemos hablado, comparte los valores de defensa de la libertad individual, la economía de mercado y todo el modelo simbólico que representa Estados Unidos, prueba de ello es que millones de mexicanos encuentran en ese país su destino. Las elites mexicanas ven en universidades estadounidenses la Atenas moderna y las eligen

¹ Jorge Montaña, *Misión en Washington 1993-1995* (México: Planeta, 2004), 273-274.

para su formación.² Los centros comerciales y el entretenimiento estadounidenses están entre las aspiraciones más claras de las clases medias que desean jugarse algunos dólares en Las Vegas o ir de compras a South Coast Plaza. Ese país también representa la Disneylandia de millones de niños que crecen soñando con la oportunidad de visitar alguno de los parques temáticos de California o Florida y es, finalmente, la meca de millones de desposeídos que —a pesar de las diferencias culturales, los potenciales abusos y los riesgos personales— buscan encontrar en la Unión Americana una oportunidad de mejorar su vida y la de sus familias.³ Gran parte de la población mexicana aspira, con todas las contradicciones que ello entraña, a tener una fructífera simbiosis con Estados Unidos.

En 1993, Samuel Huntington publicó un ensayo que generó una polémica enorme sobre las formas que adquirirían los conflictos en el escenario mundial después del ocaso de las ideologías. Sugería que el principal motor del conflicto serían los factores culturales, de hecho, el título del texto era revelador: ¿un choque de civilizaciones?⁴ En él definía un conjunto de elementos que caracterizaban a la civilización occidental y, en contraste con V. S. Naipaul, establecía que aquella no era la civilización universal, pues solamente un grupo de países que comparten ciertos rasgos pertenecen cabalmente a ella. “Las ideas de individualismo, liberalismo, constitucionalismo, derechos humanos, igualdad, imperio de la ley, democracia, libre mercado y separación de la Iglesia y el Estado tienen poca resonancia en las civilizaciones islámica, confuciana, japonesa, hindú, budista u ortodoxa.”⁵

No cabe duda de que México comparte con Occidente esos valores, en algunos casos como aspiración, en otros como un objetivo alcanzado tras años de

² El Conacyt, por ejemplo, de 1997 a 2002 ha apoyado a un total de 6 456 estudiantes para realizar diferentes estudios en universidades estadounidenses. Véase *Informe general del Conacyt 2003*, disponible en <www.conacyt.mx/dap/indicadores>.

³ El ingreso promedio de los emigrantes es superior a 17 mil dólares, casi el triple de la percepción promedio de un mexicano. Véase Rodolfo Cruz Piñero, “Inmigrantes empleados en Estados Unidos”, *Nexos*, no. 317 (mayo de 2004): 42.

⁴ Samuel P. Huntington, “The Clash of Civilizations?”, *Foreign Affairs* 72, no. 3 (verano de 1993), disponible en <<http://www.foreignaffairs.org/19930601faessay5188/samuel-p-huntington/the-clash-of-civilizations.html>>.

⁵ *Ibid.*, 40.

debates y luchas. Compartimos con Estados Unidos dos características políticas más, que en otras partes del mundo no tienen tanto arraigo: el presidencialismo como forma de gobierno y el federalismo como modo de organización territorial del Estado. Somos un país que aspira a tener una modernidad política conforme a los cánones occidentales. Por lo menos ésa es la corriente mayoritaria.

Ni sociológica ni culturalmente se puede considerar a la población mexicana como un peligro para la seguridad estadounidense. Antes al contrario, en su frontera sur Estados Unidos tiene a un pueblo que pese al resentimiento y la desconfianza derivados de una tormentosa relación trabaja para vivir en paz y generar mayor prosperidad para la región.

Lo que tal vez no se ha entendido cabalmente en algunos círculos políticos, académicos y mediáticos de Estados Unidos son las transformaciones que México ha sufrido en los ámbitos económico, demográfico y político, que deberían reflejarse en una nueva relación. Veamos algunas cifras.

En 1993, un año antes del TLCAN, las exportaciones totales de México eran de cerca de 52 mil millones de dólares. Tres años después la cifra rozaba los 96 mil millones de dólares⁶ y en el año 2000 el total de sus exportaciones era ligeramente superior a los 166 mil millones de dólares y sus exportaciones ascendían a poco más de 182 mil millones de dólares.

Si en 1992, dos años antes de que entrara en vigor el TLCAN, 81 por ciento de las exportaciones mexicanas tenía como destino el mercado estadounidense, al finalizar el siglo el porcentaje ascendió a un poco más de 88 por ciento, que en la práctica equivale a una dependencia casi total de Estados Unidos. En 2003, de los 165 342 millones de dólares que sumaban las exportaciones mexicanas, 146 758 se concentraban en Estados Unidos.

Las importaciones mostraban menor concentración, pero con cifras altas y con tendencia al incremento. En 1992, 71.2 por ciento de las importaciones de México provenía de Estados Unidos, y en 1999 ascendía a 74.2 por ciento. En 2002, de un total de 168 679 millones, las importaciones de la Unión Americana ascendían a 111 037 millones.⁷ En otras palabras, las compras que México hace

⁶ Véase <<http://www.naftaworks.org>>.

⁷ Los datos correspondientes a 2002 provienen del *Anexo estadístico del Tercer Informe de Gobierno* (México: Poder Ejecutivo Federal, 2003), 328-329.

a Estados Unidos, y que significan competitividad, empleos y bienestar para aquel país son superiores a la suma de las que hacen países europeos como Italia, Francia, España e Inglaterra. De modo que si la relación de interdependencia la medimos por el comercio bilateral, México no debería ser considerado un fardo en la región.

En 2003 el volumen de comercio global entre México y Estados Unidos era superior a los 252 mil millones de dólares, es decir, 75 por ciento de nuestro comercio exterior. Otras cifras son igualmente reveladoras. Por ejemplo, desde que entró en vigor el TLCAN se ha incrementado 41 por ciento el número de vehículos comerciales que ingresan a Estados Unidos desde México. Nuestro país ha sido en los últimos años uno de los principales proveedores de la economía estadounidense.⁸ En 2003 ocupábamos el tercer lugar como proveedores de la economía vecina, después de Canadá y recientemente China, con cerca de 11 por ciento de participación respecto del total de importaciones de Estados Unidos.

Los datos se podrían multiplicar. Muchas industrias estadounidenses, como la automotriz, no mantendrían sus niveles sin la plataforma de producción y consumo que representa México. Hay otros elementos que reflejan el profundo imbricamiento de las dos economías: nuestra nación consume el mayor número de litros de *Coca Cola* per cápita en el mundo. Las grandes firmas estadounidenses tienen gran aceptación en México trátase de cigarrillos, grandes hoteles, restaurantes, marcas de ropa —como Polo, Tommy Hilfiger, DKNY—, productos todos consumidos con voracidad por los mexicanos. Un país hostil no tendría nunca ese patrón de consumo aunque al profesor Huntington le asusten las banderas mexicanas ondeando en las calles o en los estadios de California.⁹

Pero la vinculación entre estos socios no sólo se percibe en las cifras comerciales y en los patrones de consumo, también es importante considerar la diná-

⁸ Lourdes Dieck, “China: reto y oportunidad para México” (México: Subsecretaría de Relaciones Económicas y Cooperación Internacional, SRE, 2004).

⁹ Es curioso que dos de sus más recientes obras comiencen con alusiones a expresiones de mexicanidad en California. Si se recuerda, el ensayo, publicado posteriormente como libro, *The Clash of Civilizations* iniciaba evocando las mareas humanas que protestaban contra la Ley 187 portando banderas mexicanas, y el más reciente libro retoma el caso de un partido de fútbol entre Estados Unidos y México en Los Ángeles, durante el cual un estadounidense fue abucheado por los fanáticos pro mexicanos.

mica demográfica, pues ofrece elementos muy claros de análisis. El número de mexicanos en Estados Unidos ha crecido de manera espectacular en los últimos tiempos y si en los primeros años del siglo xx el fenómeno migratorio era de carácter regional ahora es una problemática que concierne a la totalidad del país.

Como lo ha demostrado Conapo, todos los municipios expulsan gente a Estados Unidos. La migración ha dejado de ser un problema regional para convertirse en una cuestión de alcance nacional. Vale la pena retomar la cita *in extenso*:

El flujo migratorio que alimenta la población mexicana residente en el vecino país del norte se ha incrementado sistemáticamente desde los años 60 y su efecto sobre la dinámica demográfica es cada vez más perceptible: de 260 mil a 290 mil personas entre 1960 y 1970; de 1.20 a 1.55 millones entre 1970 y 1980; y de 2.10 a 2.60 millones entre 1980 y 1990; y de más 1.8 millones durante el último quinquenio. Estas cifras indican que el flujo neto anual se ha multiplicado —en términos absolutos— más de 12 veces en los últimos 30 años al pasar de un promedio anual de 26 a 29 mil personas en la década de los sesenta a cerca de 300 mil por año en el segundo quinquenio de los noventa [...] Como consecuencia de esta dinámica se estima que la población nacida en México que vive en los Estados Unidos alcanzó en junio de 2000 alrededor de 8.8 millones de personas [...] de los cuales 3.5 millones se encontraban en situación indocumentada [...] ambas modalidades migratorias —concluye el estudio— influyen de manera profunda en la vida cotidiana de millones de mexicanos.¹⁰

En el país vecino viven 12 millones de mexicanos, de los cuales entre 40 y 50 por ciento son indocumentados. Según estimaciones hechas por el IFE para elaborar un censo electoral, el número de ciudadanos mexicanos con posibilidad de votar podría superar los 11 millones¹¹ y llegar a representar hasta 14 por ciento del padrón de electores. Más allá de las cifras, lo que es obvio es que los mercados de trabajo de diferentes sectores absorben a la inmensa mayoría de

¹⁰ Consejo Nacional de Población, *Índices de intensidad migratoria México-Estados Unidos 2000* (México: Conapo, 2003), 30. Col. Indicadores sociodemográficos.

¹¹ Véase Ricardo Raphael, “El voto de la diáspora”, *Nexos*, no. 317 (mayo de 2004), 50 y ss.

los migrantes. El fenómeno del ilegal-desempleado es virtualmente inexistente. La gente emigra porque tiene expectativas racionales de ser absorbida por los mercados de trabajo, de otra manera el flujo se reduciría y tendería a cesar.

Las cifras de la migración y el comercio demuestran que el grado de integración entre los dos países es enorme, aunque muchos sectores prefieran pasarlas por alto.

Hay un tercer elemento que ha venido modificando la estructura social del México tradicional y acercando a nuestra población al modelo estadounidense, se trata del avance de las Iglesias protestantes en detrimento de la católica. Consideremos algunas cifras. En 1950, 98.2 por ciento de los mexicanos se declaraba católico. En 2000 el porcentaje se redujo 6 puntos. En cifras absolutas el avance de otras religiones (primordialmente protestantes) es todavía más claro. Si en medio siglo la grey católica se triplicó, el número de fieles de otras religiones se multiplicó ¡por 14!, pasando de 461 mil en 1950 a cerca de 6 millones y medio en 2000.¹²

La cifra de personas que abrazaron otro credo creció de manera espectacular desde 1980. En veinte años se ha multiplicado por 2.2, y para muchos observadores esta tasa de conversiones podría mantenerse en los próximos años modificando así nuestro mapa religioso. Este cambio es percibido por muchos como resultado de una influencia estadounidense directa. Si se mantuviesen el crecimiento de las Iglesias protestantes, cabría suponer que en 2020 México contaría con poco más de 14 millones de miembros de ese culto. Si proyectamos el razonamiento y mantenemos la tasa de crecimiento registrada entre 1980 y 2000, tendríamos más de 31 millones en 2040, y en 2060 la cifra sería cercana a 69 millones, lo cual implicaría que la mitad de la población religiosa de México sería católica y la otra mitad, protestante.

A pesar de la contundencia de las estadísticas comerciales y demográficas, y de la voluntad manifiesta del gobierno mexicano de replantear la relación bilateral sobre nuevos ejes,¹³ no se han podido sentar las bases para profundizar

¹² Todas las cifras sobre prácticas religiosas provienen del INEGI. Véase <<http://www.inegi.gob.mx/est/default.aspx?c=2385>>.

¹³ Véase Mónica Serrano, "Bordering on the Impossible: U.S.-Mexico Relations after 9/11", en Peter Andreas y Thomas Biersteker, *The Rebordering of North America: Integration and Exclusion in a New Security Context* (Nueva York: Routledge, 2003), 59 y ss.

en una relación más estrecha, susceptible de evolucionar hacia esquemas más institucionalizados en temas diferentes del comercio y la seguridad.

Es evidente que desde Estados Unidos no ha habido un pronunciamiento con una mínima perspectiva de viabilidad política para pensar en algo más, pero también es cierto que desde el lado mexicano el peso de los prejuicios es enorme y nuestra indefinición sobre el tipo de relación a la que aspiramos es inocultable.

México experimenta un alto grado de confusión sobre su ubicación en el mundo, pero es igualmente cierta la percepción generalizada de que Estados Unidos no lo considera un verdadero socio.

En este contexto, la región vive un periodo de gran ambigüedad. México define sus intereses comerciales y económicos de manera independiente y a veces opuesta a su política exterior, mientras que Estados Unidos diseña su política exterior y de seguridad como si el nuestro fuera un país potencialmente peligroso, con el que sus intercambios comerciales y laborales fuesen residuales. Pocos sectores se atreven a formular sin ambages que desarrollar el eje norteamericano es prioritario para los dos países.

Un año antes de aprobarse el TLCAN, en el citado ensayo sobre el choque de las civilizaciones, Samuel Huntington desarrollaba el concepto de los *torn countries* y se refería a tres casos: Turquía, Rusia y México.

México —señalaba— es el más cercano a Estados Unidos y se debate entre su pertenencia a Latinoamérica y convertirse en un país norteamericano. Para definir su pertenencia civilizatoria, apuntaba Huntington al final de su texto, un *torn country* debe satisfacer tres requerimientos: el primero es que sus elites económicas y políticas apoyen la transformación; el segundo es que el pueblo esté de acuerdo con la redefinición y el tercero es que los grupos dominantes de la civilización de destino estén dispuestos a recibir al converso. Cabe señalar que Huntington agregó que “all three requirements in large part exist with respect to Mexico.”¹⁴

Si esto era verdad en 1993 y los datos estructurales apuntan a una mayor convergencia entre los países en 2007, en los próximos años se debería encontrar un terreno de colaboración y de cooperación que habría de generar mayor con-

¹⁴ “Estos tres requisitos se cumplen, en gran parte, en México.” Huntington, “The Clash...”: 44.

fianza. Como bien lo ha apuntado Montaña, aludiendo al nuevo contexto internacional dominado por la amenaza terrorista: “No hay forma de prescindir de la vecindad y por lo tanto jamás se podrá ignorar la importancia de nuestra contribución a la ecuación de la seguridad. Ésa es nuestra única moneda real de cambio, que legítima y responsablemente debemos esgrimir para mantener un diálogo que es indispensable para México”.¹⁵

Ser indispensables en la ecuación de seguridad es una condición compartida. México lo es para garantizar la seguridad estadounidense y ésta es fundamental para nuestro país. Un ataque terrorista perpetrado desde México sería funesto para las relaciones bilaterales y para la viabilidad del país. México está convencido por razones prácticas e ideológicas de la conveniencia de cooperar, por ello no merece ser tratado igual que una nación potencialmente hostil.

Ser indispensables también exige asumir que la seguridad estadounidense no puede ser restringida a la defensa de su territorio, sino que implica garantizar su viabilidad económica en los próximos años frente a grandes y serios competidores externos como la Unión Europea y China. México es, en ese aspecto, un mercado de más de 105 millones de habitantes y un actor fundamental para el bienestar de Estados Unidos y de manera muy especial de algunos de sus estados. Un México próspero garantiza empleos y prosperidad para los estadounidenses, y pensar en América del Norte como espacio económico y comercial dotado de coherencia le infunde a Estados Unidos mayor vigor para competir contra los colosos económicos y demográficos de oriente (China y la India) y occidente (la Unión Europea) a lo largo del siglo XXI.

Ser indispensables en la ecuación de seguridad significa reconocer que los trabajadores mexicanos que emigran a Estados Unidos juegan un papel fundamental en la competitividad y la revitalización demográfica de aquel país, al mismo tiempo que son una fuente de oxígeno para la economía mexicana al aportar cerca de 22 mil millones de dólares anuales por concepto de remesas. La migración debe ser entendida como un problema que plantea desafíos a las leyes migratorias estadounidenses, pero nunca a su seguridad nacional. Por más demagogia que se haga desde los medios de difusión hasta la academia, los mexicanos van

¹⁵ Montaña, *Misión...*, 273-274.

a ese país a buscar empleos y oportunidades, no a poner bombas ni a derribar aviones. Ésa es una gran diferencia que a veces se pierde de vista.

Ser indispensables en la ecuación de seguridad significa, finalmente, que al determinismo geográfico hay que añadir un nuevo e insoslayable círculo de intereses compartidos, además de un conjunto de valores que históricamente nos empujan a la convergencia. Por lo tanto, y a medida que avance el siglo XXI y se consoliden los grandes poderes regionales de Europa y China, los intereses de los dos países tendrán que abandonar la lógica soberanista y abrirse a un enfoque realmente regional que incluya a Canadá, en el cual lo que beneficie a México será útil para Estados Unidos y viceversa, por supuesto, sin perder de vista las particularidades de cada país.

Es imposible pensar en profundizar en la integración sin tratar el tema migratorio. Por más que se obstinen en negarlo, materia de la economía no son sólo bienes y servicios, también son las personas. Me parece impensable que ante las nuevas amenazas y la configuración del nuevo orden internacional México y Estados Unidos se alejen más en los próximos años. Por el contrario, y sin caer en voluntarismos, podemos suponer que están condenados a entenderse en el largo plazo por el conjunto de intereses que comparten.

Un México estable políticamente puede generar las condiciones para un desarrollo sostenido que no sólo ofrezca prosperidad, sino empleos bien pagados que no empujen a la gente a emigrar. Un México estable demográficamente, como lo prevén los expertos en las próximas décadas, tendrá menos tensiones con su vecino y redundará en una frontera más segura. Un México con infraestructura e inversión fortalecerá la competitividad global de la región, reforzando el poderío relativo de Estados Unidos en el contexto económico mundial.

En esta coyuntura, la seguridad es una oportunidad para coincidir en un horizonte táctico y operativo.

El gran reto de los próximos años es pasar de lo táctico-operativo a un enfoque estratégico que piense la seguridad en un plazo largo. Me parece evidente que si fijamos un horizonte de cincuenta años y con voluntad política vamos superando los prejuicios de uno y otro lado de la frontera, será inevitable formular la seguridad norteamericana desde una perspectiva que inexorablemente incluya a México, por los argumentos expuestos en este trabajo y, por su-

puesto a Canadá, por razones que no son objeto de este texto, pero que resultan obvias.

La Asociación para la Seguridad y la Prosperidad en América del Norte (ASPAN) puede ser un embrión. Veamos con más detalle los alcances del instrumento.

La ASPAN vista en perspectiva

Si hasta 2001 los miembros del TLCAN habían trabajado para desmontar el aparato proteccionista de las tres economías, la inquietud de que la batalla por la seguridad adquiriera un sesgo neoproteccionista se manifestó en la ciudad de México y en Ottawa, pero también, justo es decirlo, en Estados Unidos.

Hay que tomar esto como una lección importante, pues denota el grado de integración que tienen las tres economías. A pesar de la legítima preocupación de los aparatos de seguridad por evitar otro ataque terrorista, la comunidad productiva y de negocios se apropió de la noción de Norteamérica y todos compartieron las preocupaciones de seguridad, al tiempo que reivindicaron el derecho a mantener abierto el espacio económico norteamericano. Para las cadenas productivas, como la del sector automotriz, las fronteras tenían un significado similar al que se otorgó al hecho de atravesar el Trópico de Cáncer, pero de pronto se convirtieron en un obstáculo cuyo cruce resultaba por demás complicado. Los nacientes lineamientos de seguridad, los controles de cargamentos, la fiscalización cada vez más pormenorizada de los viajeros y sus equipajes encarecían el flujo comercial, económico y turístico internacional.

Para los tres países de la región se presentaba como prioridad la necesidad de hacer compatibles las agendas de seguridad y la de competitividad regional. El resto de las regiones continuaba con sus procesos de integración e intercambio de manera más o menos constante, mientras Norteamérica se enfrentaba al falso dilema de optar entre la seguridad y la prosperidad.

No es inútil reiterar que en la región la idea de la dependencia mutua para intensificar la competitividad de los tres países en el mercado global no es todavía una realidad plenamente aceptada en todos los círculos. Tampoco ha sido fácil entender que en la ecuación de seguridad norteamericana los tres países dependen unos

de los otros y que es de interés común que las agendas avancen por la senda del entendimiento y el mutuo beneficio. Es innegable que los discursos soberanistas de los tres países siguen teniendo una amplia difusión y una gran aceptación social, pero es importante reconocer que la ASPAN abre la puerta a un principio de trilateralización norteamericana que desde el TLCAN no se había presentado con tanta fuerza.

A pesar de la enorme interdependencia entre las tres economías y la responsabilidad compartida de preservar la seguridad del perímetro de nuestro subcontinente, tardamos cuatro años en sentar las bases para desarrollar mecanismos que armonicen de forma expedita las preocupaciones de seguridad que comparten y atienden de manera a un tiempo separada (cada uno en su territorio) y conjunta (por las fronteras y vuelos comunes) a través del tratado de las fronteras inteligentes y otras disposiciones aduanales, que han generado mayor confianza y permitido que los flujos de personas y mercancías se realicen con mayor velocidad.

A pesar de las diferencias que tanto Canadá como México tenían en sus relaciones bilaterales con Estados Unidos, la prosperidad y la seguridad se convirtieron en los ejes de la reunión trinacional celebrada en Waco, Texas, en marzo de 2005 y que ha tenido continuidad en Cancún en 2006 y en Canadá en 2007.

Algunos estudiosos han criticado a la ASPAN porque no atiende asuntos como la migración y otros porque no se plantea cabalmente la competitividad regional a largo plazo frente a otros competidores globales como la India, China y la Unión Europea. En cualquier caso, la cumbre de Waco marcó el inicio del deshielo de la agenda del crecimiento y su ubicación en el mismo nivel discursivo que la seguridad, lo cual, como se ha comentado, había “vampirizado” la agenda bilateral y trilateral en los años anteriores. Para algunos es mucho, para otros poco, pero lo cierto es que es algo. Además, es un paso en sentido positivo, pues aunque de manera tenue y flexible continúa con la tendencia a institucionalizar más las relaciones en la región y a desarrollar, así sea como referente, algo parecido a instituciones norteamericanas en las que la confianza mutua crece, ASPAN son siglas que se reconocen en el lenguaje diplomático y especializado.

ASPAN no es solamente un cambio de tendencia, es también una agenda trilateral con contenidos específicos y calendarios de trabajo que es importante conocer para no devaluar ni sobrevaluar el instrumento. Los capítulos fundamentales son los de prosperidad y seguridad. Veamos por separado qué contiene cada uno.

Prosperidad

En este rubro los tres países han establecido una agenda de trabajo cuyo horizonte es 2007. De manera resumida, la ASPAN refleja la disposición de contar con un marco trilateral de cooperación regulatoria para compatibilizar las regulaciones y la redacción de pruebas y requisitos para acceder al mercado de Norteamérica.

La creación de un consejo automotriz plantea una visión a escala regional de los desafíos que en los temas de competitividad, regulación y seguridad automotriz atañen a los tres países, así como la relación de los mismos con el mercado global.

Otra de las preocupaciones comunes es la piratería como actividad en ascenso. La propuesta de la ASPAN es que cada país se dedique a combatir la producción de objetos pirata en su territorio y a diseñar una estrategia coordinada para enfrentar este delito que atenta contra la propiedad intelectual y la competitividad global de la región.

En el instrumento hay una serie de temas en los que economía y seguridad se intersectan, algunos de ellos vinculados con el movimiento de mercancías y otros con la bioprotección. En relación con este último asunto, cabe destacar que existe la determinación de concretar un acuerdo de reconocimiento para los contenedores de materiales peligrosos, así como de establecer mecanismos de reconocimiento mutuo de pruebas de laboratorio para ciertos casos. También se busca facilitar el comercio de dispositivos médicos y productos naturales y la puesta en marcha de mecanismos de coordinación para proteger la salud pública y al consumidor.

En lo tocante al movimiento de bienes y servicios, la ASPAN prevé reducir los costos asociados a las reglas de origen, mejorar el comercio electrónico a través de firmas electrónicas y establecer procesos de conformidad de la Comisión de Telecomunicaciones. En el ámbito financiero, se tiene previsto profundizar en la supervisión de los movimientos en la banca, el mercado de valores y las compañías de seguros para evitar el financiamiento de actividades ilegales, especialmente del terrorismo. Otro asunto muy relevante para México es la voluntad de lograr mayor eficiencia en transferencias electrónicas y compra de valores en la bolsa a través de plataformas electrónicas, así como en las coberturas de seguros.

De manera más general, pero no desdeñable, los mandatarios de los tres países han encomendado a un grupo especializado identificar mediante un informe ministerial los elementos que afectan la competitividad de América del Norte. Puede ser éste un informe puramente burocrático, pero también el despegue de algo más trascendente en materia de esfuerzos comunes para dinamizar la economía de los tres países. Ya veremos.

Seguridad

El capítulo más importante de la ASPAN es el referido a la seguridad. Como es natural, los temas dominantes son la seguridad del espacio aéreo y el control de los ingresos y salidas de las personas.

En materia de transporte aéreo, los esfuerzos trinacionales parten de la voluntad de ampliar y mejorar el uso del espacio aéreo. Un buen número de compañías del sector, especialmente en Estados Unidos, han resentido mucho el golpe de imagen que representó el 11 de septiembre y las medidas de seguridad provocan que muchos pasajeros de distintos países eviten —si pueden— volar en aviones con bandera estadounidense y eso ha tenido un efecto económico.

Se plantea también trabajar en un acuerdo bilateral de seguridad en la aviación Mexico-Estados Unidos y apoyar la planeación fronteriza en lo tocante al intercambio de información y las comunicaciones. Un punto central de este esfuerzo es revitalizar el Grupo de Trabajo de Transporte Fronterizo. En algunos puntos de las fronteras, la ausencia de tecnología aplicada a la seguridad ha generado auténticos cuellos de botella. Se supone que una de las prioridades es mejorar esas entradas en el plazo más breve. Se prevé otorgar facilidades para los transportistas de carga, por ejemplo, generalizar sistemas como el de “Pesaje en movimiento”, una arquitectura de sistemas inteligentes de transporte, más carriles SENTRI O NEXUS.

En términos trilaterales, la ASPAN plantea desarrollar estrategias para la inspección de la carga antes de la salida de un puerto extranjero y estandarizar las medidas de inspección y seguridad en el primer puerto de entrada a América del Norte.

Otro apartado importante tiene que ver con los viajeros que por razones legítimas (negocios, estudios, familia o turismo) tienen que transitar en el espacio norteamericano. Los tres países se comprometen a estandarizar los elementos biométricos en documentos como pasaportes, visas y tarjetas de residencia a fin de optimizar los recursos tecnológicos en la identificación plena de los individuos, agilizar las entradas y salidas y reducir la discrecionalidad que aplican los agentes migratorios. Muchos abusos y excesos se cometieron con ciudadanos honorables por la discrecionalidad o la desconfianza con que actuaron los agentes. Hoy en muchos puestos de control de ingreso a Estados Unidos se puede ver un cartel que les recuerda a los pasajeros que no se permiten bromas sobre temas de seguridad, pero también hay otros que les recuerdan a los oficiales de migración que ellos son la cara de Estados Unidos y se los conmina a mostrar un comportamiento acorde con las circunstancias. Muchos mexicanos cuentan ya con pasaportes con múltiples candados de seguridad. Se espera que la estandarización concluya en 2008.

La bioprotección es también un tema de preocupación regional. Las fronteras sirven para muchas cosas, pero su porosidad y el enorme flujo de personas y productos no pueden asegurar una total inocuidad alimentaria si no se trabaja de manera conjunta. Un escudo sanitario es del interés directo de los tres países, por lo cual desplegarán una estrategia regional para enfrentar amenazas naturales o intencionales a la salud pública y al sistema agrícola alimentario. Los desastres naturales (en especial el efecto devastador de Katrina) han puesto de relieve la necesidad de cooperar en esta materia y las bondades del entendimiento entre socios y vecinos.

La preocupación central del instrumento es coordinar las acciones de prevención y respuesta a amenazas dentro de América del Norte. Para garantizar la sintonía en este esfuerzo, la ASPAN planea profundizar la cooperación en los temas relacionados con la procuración de justicia. Se espera que el trabajo conjunto de las agencias de seguridad permita un intercambio más fluido y con un mayor grado de confianza mutua en la información de inteligencia, a fin de que los sistemas regionales de protección, prevención y respuesta a cualquier amenaza sean operativos. El intercambio de información sobre “nacionalidades restringidas” que ingresen a cualquier territorio norteamericano, así como un relati-

vo grado de convergencia en la política de visas respecto a terceros países (Brasil, por ejemplo) resultan clave para asegurar la región.

Hay otros capítulos menos desarrollados, pero cuyo esbozo debe ser considerado como un síntoma, el primero es la energía y el segundo y el medio ambiente. En este apartado las acciones son más concretas, pues tienen que ver con la reducción de las emisiones de azufre y la elaboración de un informe sobre la calidad del aire en la región.

La ASPAN puede ser vista como un punto de inflexión después de la crisis de 2001 en el espacio norteamericano y aunque la seguridad sigue siendo el tema dominante, otros puntos de las agendas bilaterales y de la trilateral escalan en el cuadro de prioridades de los mandatarios de los tres países.

La ASPAN tiende a trilateralizar las problemáticas y, por esa vía, a dar mayor entidad al espacio norteamericano como algo más que la suma de dos intensas relaciones bilaterales. Por último, tiende a generar mayor confianza entre los socios comerciales, estableciendo que la competitividad global de la región no depende de lo que cada uno pueda hacer por separado. En otras palabras, reconoce de manera incipiente que la gran disputa por los mercados, los empleos y las inversiones no se va a librar en el espacio norteamericano, sino contra otras regiones del mundo, más pujantes y con un mayor grado de acoplamiento y sintonía que nosotros. En resumen, en el gran desafío del siglo XXI los tres países de la región no estamos en trincheras diferentes.